

RECURSOS ARQUITECTÓNICOS Y ESTILOS CERÁMICOS EN LOS SIGLOS IX Y X D. C. EN EL VALLE DE SANTA MARÍA (CATAMARCA, ARGENTINA)

María Cristina Scattolin

Hace más de cuarenta años, un equipo del Instituto de Antropología de la Universidad del Litoral, encabezado por Eduardo M. Cigliano, excavó el sitio Morro de las Espinillas (Cigliano, De Gásperi y Petruzzi 1960) ubicado en la localidad de Pajanguillo, al sur del valle de Santa María o Yocavil (Figura 1). La investigación de este sitio, que presentaba la rara combinación de una arquitectura similar a la de los poblados conglomerados del período de Desarrollos Regionales con una cerámica tipológicamente atribuible a lo que en ese entonces se consideraba del período Medio o Temprano, quedó en suspenso por largo tiempo. Retomando aquellos trabajos, se han efectuado otras excavaciones y se ha recuperado nueva información.

A través del examen de la arquitectura y materiales cerámicos y su comparación con otros ejemplos contemporáneos se buscará aquí esclarecer algunas trayectorias de cambio en la cultura material entre las poblaciones de fines del primer milenio d. C. El ejemplo de Morro de las Espinillas, que no se presta fácilmente a categorizaciones claras dentro de los esquemas corrientes y en principio podría parecer renuente a un examen fructífero o a la inserción del caso en la actual ordenación de la historia cultural prehispánica, permite en cambio abordar el tema de la multiplicidad de estrategias sociales de jerarquización del espacio y uso de estilos, puestas en operación entre las sociedades de los valles y quebradas del Noroeste argentino (NOA).

Razones para la investigación

Nuestro interés por este sitio se despertó a raíz de la reactivación de estudios sobre el período Formativo (PF) en el

valle Yocavil, desde 1997 (Tarragó y Scattolin 1999). Por ese entonces el primer milenio d. C. en dicho valle era llamativamente poco conocido.¹ Una serie de factores, que hemos analizado en otro lugar (Scattolin 2000), habían contribuido a opacar su conocimiento sobre todo al compararlo con el de otros ámbitos vecinos (Hualfín, Tafí, La Candelaria, Alamito, Ambato, Antofagasta, Quebrada del Toro, etc.) cuya historia cultural ya había sido objeto de diversos trabajos y publicaciones para el lapso mencionado y también en comparación con el período de Desarrollos Regionales (PDR) que cuenta con una extensiva publicación. A fin de conocer mejor el PF local y sus cambios en el tiempo se han efectuado nuevas prospecciones, registro y estudio de colecciones en museos (Scattolin 2000, 2001), revisión de los conjuntos recuperados por los proyectos precedentes (Tarragó y Scattolin 1999) y también nuevas excavaciones (Scattolin et al. 2001).

¹ Según el conocimiento corriente el período Formativo es la época de las comunidades aldeanas de base agraria y pastoril y en su transcurso se habrían desarrollado las desigualdades jerárquicas. También prosperaron las manufacturas cerámicas, textiles, metalúrgicas, etc., y se diversificaron modos arquitectónicos en viviendas, lugares ceremoniales y poblados. Hay cronologías detalladas en base a secuencias de estilos cerámicos para varias regiones, que subdividen el período. Pero, en esta etapa inicial de mi estudio en Yocavil ocasionalmente he preferido hablar de una manera laxa del “primer milenio d. C.” debido a la escasez de dataciones y falta de secuencias precisas para este lapso (Scattolin 2000). Así que consideraré al PF en un sentido amplio, que abarca las ocupaciones o componentes arqueológicos agroalfareros anteriores al período Tardío o de los Desarrollos Regionales (de los poblados aglomerados y jefaturas establecidas y luego confederadas contra los españoles) cuyo comienzo se postula hacia “fines del siglo IX” y que presentan cerámica de estilo santamariano (Tarragó et al. 1997:224). En el área Centro-Sur Andina tal momento corresponde a Tiwanaku V (800-1100), fase que incluye su declinación. En el otro extremo, el fechado más antiguo para un contexto presumiblemente formativo en el valle Yocavil podría ser de unos 500 años a. C., datación referida por Muñoz y Stenborg, haciendo notar sus recaudos sobre el contexto datado (1999:200). Por razones expuestas en otro lugar (Scattolin 2000), me he abstenido de utilizar el término período de Integración Regional, de uso bastante habitual al sur del área aquí tratada, particularmente los valles de Hualfín y Ambato, para referirse a procesos simultáneos o paralelos que se desarrollan dentro del lapso referido y que están asociados con la entidad cultural denominada “Aguada” (Núñez Regueiro y Tartusi 1990; Pérez Gollán 1991). Por otra parte, ambos términos –Formativo e Integración Regional– aluden aproximadamente a lo que González (1998) llama períodos Temprano y Medio. Raffino los denomina Formativo Inferior y Superior, y también propuso el término de período Clásico para el estadio más avanzado del Formativo (Raffino et al. 1982:33, Raffino 1994:46).

En la dilatada cuenca que ofrece el valle de Santa María, de unos 30 km de ancho y 100 km de longitud, se hallan asentamientos residenciales con cerámica atribuible al PF que varían en su emplazamiento, carácter de su formación y configuración constructiva. Los sitios y localizaciones “presantamarianas”² muestran un amplio espectro de variación. La dicotomía mayor se da entre los sitios del fondo del valle sin arquitectura preservada, representados casi exclusivamente por dispersiones superficiales de cerámica que al excavar se ofrecen también restos en capa, como Bañado Viejo (Scattolin et al. 2001) y, en el otro extremo del espectro, están los sitios unicomponentes con arquitectura bien conservada de piedra, sobre todo en las laderas del valle, como por ejemplo Caspinchango-El Ciénago, que representa el conocido patrón de unidades domésticas dispersas entre canchones de cultivo (Cigliano 1960:93). Dentro de esta variada gama también existen asentamientos con arquitectura somera de piedra y enterratorios en el fondo del valle como El Bañado (Pelissero y Difrieri 1981:62) y sitios multicomponentes como Molino del Puesto o Bajo de Andahuala (Cigliano 1960:112 y 121). En suma, una amplia variedad que incluso abarca asentamientos conglomerados sin cerámica santamariana.

En efecto, según las descripciones de 1960, el sitio Morro de las Espinillas (en adelante, Morro) en la localidad de Pajanguillo (Figura 2), comprendía un conjunto de construcciones sobre una meseta:

(..) que se eleva unos 200 m sobre el nivel del actual canal de regadío y afecta una forma ovalada con el diámetro mayor orientado de N. a S. (...) Están dispuestas en tres escalones, siempre con orientación NS., y cada grupo se presenta bordeado por una pirca doble más ancha que las restantes que hacía las veces de pared de las construcciones lindantes del escalón siguiente (Cigliano et al. 1960:48).

Cada grupo:

(...) comprende habitaciones rectangulares agrupadas de a dos y comunicadas entre sí; extensos rectángulos largos y estrechos – posibles cuadros de cultivo– y finalmente grandes espacios rodeados de pirca con ripio (...) que quizá fueron utilizados como corrales

² El uso de las comillas señala que se trata de una asignación cronológico-cultural basada en atributos de la cerámica y/o rasgos arquitectónicos, y pendiente de constatación por dataciones radiocarbónicas.

(ibid.:49). La meseta alcanza su máxima altura en el extremo norte, y desciende hacia el sur (...) continuándose en la planicie ocupada por los restos arqueológicos de 'Pajanguillo Medio' (ibid.: 48-49).

En su sector sur, "la meseta se afina por el doble efecto de la erosión de la ladera O. y el derrumbe de la E., y en esta sección sólo se encuentran dos de los tres escalones citados" (ibid.: 49). Cigliano y colaboradoras excavaron dos grupos de viviendas. En las habitaciones 1 y 2, las paredes son de pirca simple y el cimiento era de arena y ripio. Recogieron alfarería tosca, tres manos de mortero y una vasija globular decorada con motivos geométricos negros sobre un fondo color rojo-morado. En las habitaciones 3 y 4, también de pirca simple, sólo encontraron dos fragmentos de cerámica en la Habitación 4 –uno pintado y uno gris liso– y un instrumento de laja pequeño (ibid.: 51). Atribuyen la cerámica de Morro y de Pajanguillo Medio a algún tipo afín a Aguada o Ciénaga:

En cuanto a la cerámica (...) no concuerda con ninguno de los tipos conocidos de alfarería Santamariana ni de otras culturas posteriores a ésta, por lo que nos inclinamos a pensar que probablemente se trate de una cerámica elaborada en épocas anteriores. Por otra parte, la pasta de la cerámica pintada y algunos tipos de alfarería gris nos hacen suponer que se trate de elementos contemporáneos y relacionados con las Culturas Ciénaga y Aguada (ibid.: 51).

En suma, este sitio presentaba un contexto cerámico presumiblemente formativo y mostraba niveles de ocupación relativamente bien conservados en donde la presencia de una vasija completa, apuntaba un bajo nivel de perturbación. Asimismo resaltaba el hecho de que los recintos habitacionales se encontrasen en una situación nucleada, destacada y cercada.

No obstante sus llamativos rasgos edilicios y materiales cerámicos, la discusión del sitio ha sido omitida en la literatura arqueológica. Es posible que en razón de sus salientes características arquitectónicas, y con exclusión de sus componentes cerámicos, el asentamiento haya sido atribuido al PDR en una de las pocas o única obra de síntesis que lo toma en cuenta (Raffino 1991:69). Por otra parte, a pesar de la suposición de contemporaneidad con las "culturas Ciénaga y Aguada" postulada por los excavadores, nadie ha incorporado la discusión de los materiales cerámicos del sitio cuando se tratan otros contextos alfareros "presantamarianos" en el valle

de Santa María (González 1979:10, 1998:63-64; Heredia et al. 1974 citado en Tarragó y Scattolin 1999:143; Núñez Regueiro y Tartusi 1993; Podestá y Perrota 1976:46; Tartusi y Núñez Regueiro 2000). Los mapas de “sitios Aguada” –o, más estrictamente, sitios que contienen cerámica de estilo Aguada– presentados por diversos investigadores no lo incluyen (Núñez Regueiro y Tartusi 1993:24-25; Raffino et al. 1982:21-22; Raffino 1991:67-68, mapa II; ver también González 1998:63-64). Probablemente esto indique que, para los trabajos que se orientan hacia las síntesis corográficas, cronológico-culturales o evolutivo-tipológicas, la incorporación de esta clase de sitios puede ser problemática, puesto que no se prestan fácilmente para ser catalogados en categorías establecidas. Por lo que quizá es mejor encararlos desde otro ángulo.

En cualquier caso, la original combinación de estos tipos cerámicos “presantamarianos” en un asentamiento conglomerado, señala a Morro, en principio, como un sitio prometedor para entender la trayectoria entre el PF y el PDR en el valle de Santa María, pero sobre todo sugiere explorar la idea de que esta clase de patrón arquitectónico sea independiente de la presencia del estilo cerámico santamariano, al menos en la zona sur del valle. Y que precisamente esto –dislocación de rasgos “típicos” de uno y otro período– en vez de ser un problema de adscripción a una u otra de las categorías temporo-espaciales corrientes, constituye un indicador valioso para entender la multiplicidad de variantes implicadas en las trayectorias de cambio de la cultura material (Miller 1985) de estas sociedades prehispánicas, particularmente en cuanto a la jerarquización del espacio construido y el uso de estilos.

Una vez abierta esa hipótesis, sus implicaciones ulteriores plantean la posibilidad de que los esquemas cronológico-culturales que asignan sucesivas constelaciones de rasgos a cada período en los distintos ámbitos del área valliserrana, permitan ser manejados como modelos (provisionales, convencionales, indicativos, particulares, etc.), sin que demanden ser usados como una sucesión clausurada de separaciones culturales tajantes y definitivas.³ En nuestro caso,

³ En un momento dado de la historia de las investigaciones arqueológicas en el NOA la secuencia cultural de Hualfín introdujo una ruptura con el modo de pensamiento sin profundidad histórica (González 1998:29). Inicialmente lo que se procuró fue una distinción diacrónica de la historia cultural, pero

queda abierto el camino para entender las trayectorias históricas locales de las sociedades implicadas en el transcurso de una continuidad temporal entendida en los esquemas corrientes como el paso de uno a otro período cronológico cultural.

Obtención de datos

Con ese interés, se realizaron nuevos trabajos en la zona de Pajanguillo, la localidad más meridional del valle. Allí, el arroyo homónimo baja de la Sierra del Aconquija y se une al río Santa María cerca del poblado actual de Punta de Balasto. Aparte de Morro y de los sitios tardíos del área, Cigliano et al. dieron referencias de otros dos sitios arqueológicos: Pajanguillo Alto y Pajanguillo Medio. Ambos comprenden canchones de cultivo y recintos de habitación dispersos, siendo el último el más cercano a Morro. Ambos presentaron cerámica "presantamariana".

En Morro se efectuó el relevamiento planimétrico (1997) a partir del cual se obtuvo el plano del sitio. Asimismo, se reconocieron las cuatro habitaciones excavadas por Cigliano et al. Se pudo constatar que el sitio, tal como se presenta hoy día, constituye sólo una parte de lo que debió haber sido. Hacia el lado este y norte, casi todo el flanco que linda con el río ha desaparecido, probablemente debido a desmoronamientos sufridos a consecuencia de la erosión y remoción aluvional intensa. Esta barranca se presenta como una alta y extendida pared casi perfectamente vertical y la mayor parte del borde oriental se considera que es bastante inestable. Ello sugiere riesgos de fragilidad en el plano de trabajo cercano al borde, como así también plantea la incierta perdurabilidad de todo el sitio. También se realizaron recolecciones superficiales recogiendo materiales cerámicos y líticos, en especial fragmentos cerámicos diagnósticos tanto por su morfología (bordes, asas y bases), como por su decoración, registrándose su ubicación en

paradójicamente el uso posterior de este esquema, incluyendo su vulgarización y su enseñanza rutinizada, engendró un "efecto de sincronía" al interior de cada uno de los conjuntos temporo-culturales sucesivos, que no es inherente al pensamiento rupturista originario, y una secuencia de fases presuntamente aplicable a todo el NOA.

el plano general. Ya estos primeros trabajos revelaron que en líneas generales la diagnosis tipológico-cerámica de los años '60 había sido acertada.

A la descripción de Cigliano et al. se puede agregar que Morro comprende construcciones sobre una mesada de unos 15 m de alto (en vez de 200 m), alargada, que ocupa 0,6 ha, aunque su extensión original debió ser mayor. En esta media hectárea hay unas treinta estructuras de forma cuadrangular, agrupadas de a varias, algunas intercomunicadas. Los artefactos hallados se componen de desechos domésticos. Resalta el hecho de que el asentamiento se halla cercado por una valla perimetral de piedra y se lo ha provisto de un acceso restringido. Hay un único lugar por donde entrar al área habitacional que está rodeada por el muro. La entrada se ubica en el sur a través de un trayecto sinuoso que sorteando varios muros y el acceso al área de mayor concentración de recintos se gana luego de traspasar dos espacios abiertos. Se trata, en suma, de una aldea concentrada constituida por unidades domésticas y otras estructuras, algunas de mayores dimensiones como espacios abiertos, trayectos de circulación, etc., y cuyos sectores de producción agraria podrían ser los de Pajanguillo Medio y Alto.

Más tarde (1998) se realizaron excavaciones que abarcaron cinco pozos de sondeo. Dado que se trataba de una etapa inicial, las excavaciones tenían como primera expectativa obtener datos de los componentes cerámicos enterrados y, como segunda, conocer algunas circunstancias y características de la depositación y, de ser posible, determinar la presencia de posibles locus de actividad con gran integridad del registro (residuo primario, señales de áreas de actividad restringidas, probables pisos) para su posterior excavación en área. Así las técnicas de excavación se orientaron, en esta instancia, a obtener evidencias de índole cronológico-cultural y de variabilidad de estructuras, tratando de restringir al menor grado posible la exploración en extensión, de manera que en corto tiempo y con limitada perturbación se alcanzaran con alto rendimiento las expectativas planteadas como objetivos de esta etapa. Los sondeos, ubicados a lo largo del sitio, se hicieron por tanto en áreas limitadas pero que pudieran revelar unidades de ocupación discretas (pisos) o distintas variantes de recintos.

El Sondeo 1 se realizó en el centro de una habitación. Los Sondeos 3 y 5 se ubicaron contra muros de recintos que poseían uno de sus lados abiertos. El Sondeo 4 se emplazó al lado de uno de los pares de habitaciones trabajadas por Cigliano et al., por fuera del área amurallada, en una cota más baja que el resto del sitio. Por su parte, el Sondeo 2 está ubicado algo alejado, en la zona intermedia entre Morro y Pajanguillo Medio. Las dimensiones de los sondeos fueron variables: 1x1 m. en los casos de Sondeos 1 y 2. El Sondeo 3 fue de 0,80x1,60 m (1,28 m²); el Sondeo 4 midió 1,50x1,50 m (2,25 m²) y el Sondeo 5 ocupó la esquina de una estructura y afectó una forma triangular con un área de 1x2,50 m (1,25 m²). Todos los pozos se profundizaron excavando niveles artificiales de 10 cm de una manera controlada⁴, es decir, que pasaban a constituirse en niveles examinados en planta toda vez en que se detectaran signos de una mayor integridad de los contextos, ya sea presencia de rasgos discretos, probables pisos de ocupación, agrupaciones de restos, etc. En tal caso se tomaron medidas tridimensionales y se mapearon los hallazgos en el croquis de planta correspondiente.

En líneas generales se trata de un sedimento arenoso, de granulometría fina y sumamente suelto. Los perfiles se sostuvieron con dificultad a raíz de su escasa solidez. La columna estratigráfica se muestra muy homogénea y no se percibió la existencia de depósitos sedimentarios distintos, tan sólo hay una transición gradacional mínima en cuanto a textura, color y compactación del sedimento, siendo algo más firme cuanto más profundo. En general, la roca de base –un depósito conglomerado– aparece aproximadamente a los 60 cm. de profundidad.

Como se observa en la Tabla 1, el comportamiento en términos de densidad y distribución de los restos hallados en la matriz sedimentaria varía en los diferentes pozos. El Sondeo 1 presenta relativamente alta densidad de hallazgos en el nivel superior y muy baja en los subsiguientes. Si bien se recuperaron fragmentos cerámicos, líticos, espículas de carbón y astillas óseas, no se pudo distinguir un nivel de ocupación con alta integridad de registro. El Sondeo 2 no produjo casi

⁴ En los Sondeos 3 y 5 el primer nivel abarcó 20 cm en lugar de 10 cm de profundidad.

materiales, indicando el límite entre dos sitios relativamente discretos (Morro y Pajanguillo Medio). Los Sondeos 3 y 5 tienen una distribución de hallazgos inversa a la del Sondeo 1, es decir que sus niveles superiores son los que contienen menor cantidad de restos, registrándose la máxima potencia de hallazgos entre los 40 y 50 cm. También allí se dan los casos de mayor integridad del registro. Se encontraron varios fragmentos cerámicos correspondientes a la misma pieza, apoyados horizontalmente y asociados a restos de carbón. Además en el Sondeo 3 aparecieron asociados una mano de moler, varios fragmentos cerámicos de la misma pieza, y trozos de carbón. Ello sugiere que se está en presencia de residuos en posición primaria y lleva a considerar la presunción de la existencia de un nivel de ocupación en ambas unidades.

El Sondeo 4, es el que proporcionó la mayor cantidad de materiales, triplica la cantidad de restos por m² de los Sondeos 3 y 5, y tiene una distribución de hallazgos diferente. Casi todos sus niveles ofrecen una cantidad similar de restos. Sin embargo durante las excavaciones se observó la presencia de un sector con cierta integración contextual en su Nivel 5 (40-50 cm) donde aparecieron varios fragmentos cerámicos de mayor tamaño. Es probable que el sondeo abarque una zona de descarte secundario en el lado externo de la habitación. De todas maneras los materiales hallados tanto líticos como cerámicos no muestran diferencias significativas a través de los niveles ni en relación con los encontrados en los otros sondeos.

En ningún caso se hallaron fogones discretos. Las muestras para dataciones provinieron de trozos y espículas de carbón vegetal halladas en la matriz sedimentaria.

Tabla 1. Cantidades de fragmentos cerámicos, líticos y óseos obtenidos de las excavaciones en Morro de las Espinillas.

Nº Id	Unidad	Cerámica Fina	Cerámica Ordinaria	Cerámica Fina+Ord	Lítico	Óseo	Total
430	Sondeo 1 Nivel 1	9	2	11	2	5	18
437	Sondeo 1 Nivel 2		2	2	1		3
438	Sondeo 1 Nivel 3	1		1	3		4
439	Sondeo 1 Nivel 4				3		3
440	Sondeo 1 Nivel 5		1	1			1
	Total Sondeo 1	10	5	15	9	5	29
431	PM-Morro Sondeo 2 Nivel 1				3		3
432	PM-Morro Sondeo 2 Nivel 2		1	1			1
433	PM-Morro Sondeo 2 Nivel 3						0
434	PM-Morro Sondeo 2 Nivel 4	1		1	2		3
435	PM-Morro Sondeo 2 Nivel 5	1	1	2			2
	Total Sondeo 2	2	2	4	5		9
441	Sondeo 3 Nivel 1-2		1	1			1
442	Sondeo 3 Nivel 3	1	2	3	1	1	5
443	Sondeo 3 Nivel 4		3	3			3
444	Sondeo 3 Nivel 5	7	1	8	1	2	11
445	Sondeo 3 Nivel 6						0
	Total Sondeo 3	8	7	15	2	3	20
436	Sondeo 4 Nivel 1	9	9	18	7	1	26
446	Sondeo 4 Nivel 2	5	9	14	1		15
447	Sondeo 4 Nivel 3	10	10	20	6		26
448	Sondeo 4 Nivel 4	10	8	18	6	1	25
449	Sondeo 4 Nivel 5	5	17	22	4	3	29
453	Sondeo 4 Nivel 6	1		1		3	5
	Total Sondeo 4	40	53	93	24	8	125
450	Sondeo 5 Nivel 1-2	1	1	2			2
451	Sondeo 5 Nivel 3	1		1			1
452	Sondeo 5 Nivel 4	5		5	2	1	8
454	Sondeo 5 Nivel 5	4	3	7	2		9
455	Sondeo 5 Nivel 6		1	1			1
	Total Sondeo 5	11	5	16	4	1	21
	TOTAL	71	72	143	44	17	204

Análisis de materiales y clasificación cerámica

Se obtuvieron tres fechados (Tabla 2). El más antiguo proviene de fuera del área amurallada, es mil años más temprano que los otros y puede no representar la ocupación clímax del sitio. En cambio, los dos más modernos fueron obtenidos de dentro del área vallada en los niveles con mayor integridad de registro, presumiblemente con residuos en posición primaria de los Sondeos 3 y 5, y son los que consideraremos en este trabajo, estimando que representan con bastante probabilidad un lapso ubicado entre los años 780 y 980 d. C.

Tabla 2. Fechados radiocarbónicos de Morro de las Espinillas.

Años a.p.	Código Lab	Procedencia	Fechas cal, 68.3% confianza	Fechas cal, 95.4% confianza
1140±70	GX 25168	ME S3 N5	781 - 984 d. C.	692 (894, 925, 935) 1022 d. C.*
1160±40	AA 32430**	ME S5 N5	782 - 959 d. C.	776 (890) 982 d. C.
2170±70	GX 25169	ME S4 N5	360 - 112 a. C.	394 (200) 2 a. C.

* máxima edad calibrada (edad calibrada) mínima edad calibrada (según Stuiver y Reimer 1993).

** fechado por AMS.

El material lítico ofreció información limitada. Se trata de artefactos tallados en basalto, basandesitas, cuarzo y un caso de calcedonia. No se halló ningún instrumento formatizado sino sólo lascas. Los dos únicos instrumentos de piedra hallados son una mano de mortero pulida en roca granítica y un cuchillo sobre laja. No hay artefactos de obsidiana. Con respecto al material óseo, se presenta en cantidades mínimas y en tamaño muy menudo (Tabla 1). A consecuencia de eso sólo se ha podido identificar un único elemento correspondiente a un calcáneo de camélido.

El conjunto cerámico obtenido, un total de 380 tiestos de excavación y superficie, se caracteriza por la ausencia de material cerámico de estilo santamariano y la presencia de una combinación de alfarerías grises pulidas, grises incisas, ante pintadas en negro y rojo, y también en negro sobre rojizo, con

diferentes motivos geométricos dentro del conjunto fino o vajilla de servicio, y una cantidad apreciable de cerámica ordinaria sin decoración, ya sea de cocción o almacenaje.

Del total de los fragmentos obtenidos en excavación (n=143) la mitad corresponde a *tiestos de pasta ordinaria* con adición de antiplástico de tamaño grueso a mediano (n=72) y superficies alisadas, en casi su totalidad no presentan decoración. La otra mitad (n=71) abarca los *fragmentos de pasta fina* sin adición de antiplástico o con inclusiones de tamaño pequeño, tienen superficies pulidas o bien alisadas y en gran parte presentan decoración incisa o pintada con diseños geométricos. Sólo un porcentaje pequeño de los fragmentos pudo ser reconstruido de manera de conocer las formas presentes (Fraga 1999). Esa reconstrucción se realizó en base a fragmentos de bordes obtenidos en excavación (n=25) y se adicionaron en forma complementaria varios ejemplos de bordes obtenidos en recolección de superficie. Las piezas cerradas que incluyen las clases de ollas y tinajas se presentan en un MNV (número mínimo de vasijas) de 17 ejemplares, mientras que las piezas abiertas que comprenden escudillas, cuencos y platos abarcan 21 ejemplares, sobre un MNV total de 38.⁵

Ollas y tinajas: La mayoría de *formas cerradas* corresponden a bordes de ollas y tinajas que presentan cuello. Sus diámetros de boca oscilan entre los 10 y los 28 cm. Se ha presentado una única pieza cerrada sin cuello en recolección de superficie (Nº421/6), de espesor delgado (4 mm) con una boca (10 cm de diámetro) con borde evertido.

Dentro de las vasijas con cuello hay dos variantes: (a) *ollas* de perfil inflexionado y con cuello inflexionado hiperboloide y (b) de perfil complejo con punto angular cuello-cuerpo y con cuello cilíndrico más o menos vertical, que denominamos *tinajas* (Figura 3).

⁵ El MNV fue calculado por Fraga (1999) según los criterios de Millet (1979), y sólo sobre bordes analizables de las distintas categorías morfológicas. Se recuerda que, al igual que el MNI en el caso de los restos óseos, este MNV subestima considerablemente la población de ejemplares en los contextos. La descripción morfológica de las vasijas sigue los criterios de Sheppard (1968) y Balfet et al. (1983).

Casi todas las *ollas inflexionadas con cuello hiperboloide* corresponden a cerámica de factura ordinaria de superficies alisadas. Un solo fragmento procedente de superficie lleva una decoración incisa poco conspicua. Presentan labios directos, adelgazados o abultados. Algunas de las funciones que pudieron servir es la de cocción ya que varios tientos se presentan tiznados, o de almacenamiento ya sea de líquidos o sólidos.

Las *tinajas de perfil complejo*, que tienen *cuellos cilíndricos verticales*, rectos o apenas cóncavos o convexos unidos al cuerpo por un punto angular, muestran una mayor variación. En primer lugar, se presentan en pastas ordinarias con paredes espesas y también en pastas finas y superficies bien tratadas que pueden llevar decoración pintada. Por otro lado, pueden llevar bordes directos evertidos o verticales, con labios adelgazados, redondeados o abultados, y hay una clase con cuellos verticales y bordes salientes horizontales destacados.

Una parte corresponden a *tinajas sin decoración de cuello cilíndrico, sea vertical o ligeramente convexo*, cuerpo voluminoso y bordes que pueden llevar labios redondeados o abultados (Nº443/2,3,4). También hay *tinajas con cuello cilíndrico vertical con bordes evertidos directos* y cuerpo globular. Entre ellos, un fragmento de cuello (Nº448/18; de fuera del área vallada) de pasta fina y espesor delgado (4 mm) presentó una decoración de triángulos negros y bandas rojas sobre el fondo ante natural de la pasta. Ejemplares completos de esta silueta se conocen para el mismo valle de Santa María en el estilo Guachipas policromo (Serrano 1966:67 y Lámina XIV; ver también formas similares en Boman 1927). Una silueta similar también fue usada en el área de La Candelaria (Forma 48 de Heredia 1974: Figura 20) y en Punta Colorada del valle de Abaucán (Sempé 1983: Figura 3.2). La decoración pintada de triángulos en el cuello se asemeja a la que exhiben piezas de estilo Aguada (Lafone Quevedo 1908: Figura 39 y Planchas VIIb y VIII). Algunas vasijas del estilo Guachipas policromo presentan pastas similares pero con decoración de triángulos más complicados, volutas y punteados, normalmente en el cuerpo (Figura 4-u; y Serrano 1966: Lámina XIV). El estilo San Rafael pintado del valle Calchaquí parece tener varias características de manufactura similares (Figura 4-p,s; Raffino et al. 1982:14).

Otra clase de *tinajas presenta bordes salientes horizontales* (de hasta 0,6 cm) como una prolongación chata horizontal, casi en ángulo recto con el cuello. Se estima, en base a un número limitado de fragmentos, que el cuerpo es esferoidal, de considerable volumen (Nº448/15,16; de extramuros). Los ejemplares no llevan decoración pero se presentan en pastas finas y homogéneas con un buen alisado como terminación de superficie. Estos cuellos cilíndricos con bordes salientes son morfológicamente similares a los que presentan algunas conocidas piezas completas de un tipo particular dentro del estilo cerámico Aguada (Figura 4-r,t). Según González dichas piezas “representan otro tipo [dentro del estilo Aguada], que a juzgar por los motivos que ostentan, son francamente decadentes y constituyen un tipo independiente” (González 1964:212; Figura 10a y 37-1, 3, 4). Asimismo, estos bordes salientes también se encuentran en tinajas de forma similar en el estilo Sunchituyoc de Santiago del Estero (González 1977: Figura 352). Los bordes salientes es un atributo presente en otras formas de vasijas atribuibles a estilos considerados de la transición al PDR: los tipos Hualfín del valle de Hualfín, Shiquimil y San José del valle de Santa María, y Molinos del valle Calchaquí (Serrano 1966: Lámina XVIII; ver también Rydén 1936: Figura 120). Bordes planos salientes también se encuentran en el tipo San Rafael pintado del valle Calchaquí (Figura 4-s; Raffino et al. 1982:14).

En razón de sus características morfológico-funcionales es posible que las tinajas cumplieran funciones de almacenamiento y transferencia de líquidos (entre otros, agua) particularmente en el caso de las no-decoradas. En cambio, aquellas que han tenido inversión de trabajo en su decoración y acabado, pueden haber cumplido funciones de servicio de líquidos en contextos en los cuales el despliegue visual haya sido oportuno o ventajoso. No sería extraño que una proliferación de esta forma indicara un incremento del uso de bebidas en ciertos contextos de consumo social que podrían ser mejor examinados en el futuro. Es un hecho que esta diversidad y proporción de tinajas no aparece en contextos cerámicos como aquellos encontrados en los vecinos asentamientos dispersos de la Falda occidental del Aconquija (Scattolin 1990).

Cuencos y escudillas: El grupo de formas abiertas (pucos) comprende mayoritariamente tuestos de pasta fina con pocas inclusiones y la mayoría presenta algún tipo de decoración, es decir, pueden ser lisos, incisos o pintados. Los diámetros oscilan entre 11 y 32 cm y dentro de este rango se delimitaron tres clases: *escudillas y cuencos pequeños y medianos* de 11 a 19 cm (moda 14 cm), *cuencos altos y grandes* de 20-26 cm (con moda en 22 cm) y un caso de una *escudilla grande o plato hondo* de 32 cm de diámetro (Figura 3).

En la primera clase –poco abundante, con un solo caso de la excavación extramuros y el resto de superficie– las formas son de perfil simple y relativamente poco profundas confeccionadas en pasta fina y superficies pulidas. Son *escudillas* grises lisas y un caso de decoración pintada. Se trata de formas elipsoides horizontales con cierta variación en la curvatura de su perfil. Los labios son directos. Sus características de pasta y terminación son comunes en los conjuntos grises lisos presentes en cerámica de estilos Ciénaga o Candelaria. Dentro de este grupo morfológico pero en otro color de pasta se da un solo caso de una escudilla con hombro (de recolección de superficie) de forma ovaloide invertida que presenta líneas negras dispuestas de manera oblicua con respecto al borde sobre un fondo color ante claro y asimilable al tipo San Rafael pintado definido para el valle Calchaquí por Raffino et al. (1982: Lámina I:2, 6 y 7; para formas afines ver Heredia 1974: Figura 20, Formas 43 y 55 y González 1964: Figura 2 A) y al tipo Guachipas policromo de Serrano (1966: Lámina XIV, y pp. 67; ver también el tipo Aguada Negro sobre ante en su variedad ante rojizo definido por Sempé 1983:121, para Punta Colorada).

La segunda clase, *cuencos altos*, abarca formas relativamente más hondas, dos de ellas con punto angular, o sea, perfil compuesto, en pasta gris de buena calidad, superficies pulidas, espesores de 5 mm y decoración incisa o grabada (diámetros de boca de 24 y 26 cm). El fragmento N°444/7 es gris decorado con rombos realizados mediante la técnica de incisión, dispuestos en hileras verticales desde el borde y rellenos con líneas incisas. Su forma tiene similares en el área de La Candelaria y en Hualfín (Figura 4-g,h,i,m; Serrano 1967: Lámina III, 1, 2; Baldini et al. 1998: Figura 3; ver también Heredia 1974: Figura 20 Formas 51 y 58; Reyes Gajardo 1954: Figura 5; González 1964 Figura 2B); su decoración está

ejecutada con líneas muy finas en pasta casi seca. Este tipo de incisión se da en el valle Calchaquí bajo la denominación San Rafael Grabado (Raffino et al. 1982: Lámina II). En cambio un fragmento (N°454/1) presenta rombos delineados en pasta más fresca con un instrumento de punta doble aguzada, técnica de peine o escobilla, usada también en el tipo San Rafael Grabado (Figura 4-a,b,c; Raffino et al. 1982) y en los estilos La Puntilla grabado y Allpatauca en los valles de Hualfín y Abaucán (Figura 4-y; Serrano 1966: Lámina XXIX:1-2). El fragmento N°448/17 que, debe señalarse, proviene de fuera del área amurallada, presenta una prolongación apendicular sobre el borde. Su técnica de incisión decorativa corresponde a lo que se conoce como Candelaria Acanalado (Heredia 1974:123). Su forma, por lo demás, recuerda ejemplos del sitio El Bañado y del yacimiento de El Cadillal, Tucumán (Figura 4-n,o; Pelissero y Difrieri 1981; Berberían et al. 1977: Figura 22, 233; ver también Heredia 1974: Figura 17, Formas 3 y 15; Rydén 1936: Figura 105; Reyes Gajardo 1954: Figura 47) y las prolongaciones apendiculares en el borde son un recurso estilístico bastante común en cerámica de estilo Candelaria (Figura 4-j,k,l; Rydén 1936: Figuras 105 b, c y f y 106x).

Por lo demás, en Morro se encontraron fragmentos no reconstruibles, pero de similar pasta y terminación que este conjunto inciso, incluyendo otros motivos como los dameros rellenos o los haces de líneas cortas con la misma técnica de escobado (Figura 4-d,f). Algunos son ejemplos idénticos a los encontrados en el valle Calchaquí bajo el tipo San Rafael Grabado (Figura 4-c; Raffino et al. 1982) y a fragmentos Punta Colorada grabado (Figura 4-e; Sempé 1983: Figura 4). Tiestos similares con técnica de escobado en pasta fresca fueron hallados por Alejandra Korstanje (com. pers.) en el alero Los Viscos en el valle del Bolsón, con fechados similares a los de Morro.

Por último, hay un único caso, también de extramuros, de una *escudilla grande o plato hondo* (Figura 3, N°447/7) de forma elipsoide horizontal y borde levemente invertido. La pasta es de buena calidad con tratamiento bruñido y está pintado interna y externamente en negro sobre rojo. Un tipo similar puede ser el Aguada Negro sobre Rojo, el cual para González "parece ser más distante" de los otros tipos Aguada (1964:212). Por la

decoración también se asemeja al tipo Loma Rica Bicolor del valle de Santa María (Perrota y Podestá 1975).

En síntesis, la alfarería presente en Morro da cuenta de un conjunto funcionalmente bastante completo, incluyendo vajilla de cocción, almacenamiento, transferencia y servicio. La proporción entre tiestos de pastas ordinarias y finas es pareja (50/50%) y resulta diferente de la que se da en algunos asentamientos dispersos de la misma época o anteriores.⁶ La vajilla de servicio presenta decoración geométrica ya sea pintada o incisa. Ciertos recursos estilísticos usados han sido compartidos con otros conjuntos alfareros de regiones diversas, tanto al norte como al este y sur de Morro. Pero, hasta el momento no hay ningún hallazgo excavado o superficial con decoración figurativa. Por ello, parece que la manufactura alfarera tiende a despojar sus productos de su contenido figurativo y directamente referencial y a dotarse de atributos sin alusiones directas a personajes, efigies, animales, etc., en la decoración. Ello apunta a una abstracción de las representaciones simbólicas en la ornamentación pintada e incisa de la alfarería. De todas maneras, el uso de tinajas con buena terminación parece ser compartido con otros ejemplos de la misma época, y sugiere contextos de consumo de bebidas (aparte de almacenamiento de agua), que pueden tener implicancias en la comprensión de los marcos sociales de representación.

Estilos como recursos

Si se examina bajo los cánones tradicionalmente establecidos para el área valliserrana y aledaños, el conjunto cerámico se presenta estilísticamente variable y no se presta a categorizaciones cómodas dentro de clasificaciones previas. De hecho algunos de los rasgos estilísticos mencionados se han atribuido ya sea a diferentes áreas culturales (Valliserrana, Selvas Occidentales) o estaban presentes tanto en el período Medio como en la transición al PDR (Aguada, Molinos).

⁶ En el Núcleo E de Loma Alta de la Falda del Aconquija (Scattolin 1990), la relación ordinario/fino es: 70/30%; en La Ciénega de Tafi del Valle: 75/25% (Cremonte 1996:255). En Bañado Viejo: 66/34% (Scattolin et al. 2001).

Así por ejemplo, aunque ciertas formas, técnicas aplicadas y atributos decorativos puedan ser asignables al estilo Aguada de más al sur, de hecho no portan ninguno de los rasgos iconográficos más típicos y más fácilmente distintivos de dicho estilo como felinos, cabezas trofeo, imágenes del sacrificador, etc., (despliegue figurativo). Todo lo más que comparte con las piezas más típicas del valle de Hualfín son sobre todo las características de buena cocción de las pastas, el uso generalizado de ciertas siluetas, técnicas de incisión, colores, etc. Ocurre aquí algo similar a lo reportado en el valle Calchaquí por Raffino et al. (1982). Asimismo, el uso de la incisión acanalada, el uso de daderos incisos o las prolongaciones apendiculares en los bordes registrados para conjuntos de La Candelaria, al noreste de Morro, no se acompaña aquí de la misma pasta y manufactura. El uso de los bordes destacados o la decoración en negro sobre rojo se da tanto en cerámica de estilo Aguada como en alfarerías que han sido atribuidas a la transición al PDR (estilos Hualfín, Shiquimil, Molinos). De la misma manera los tiestos cerámicos grises pulidos tan comunes durante el PF aparecen aquí (en escasa cantidad) junto con rasgos cerámicos que serán más populares en épocas posteriores. La cerámica definida por Serrano (1966) como Guachipas polícromo para el norte del valle de Santa María revela también cierta continuidad entre patrones estilísticos usados en el estilo Aguada y en el estilo Santa María (Figura 4-v,w,x), pero en Morro no apareció ningún tiesto de estilo santamariano.

En síntesis, la manufactura, las formas, el tratamiento de terminación y los recursos plásticos e iconográficos usados en Morro han sido “cooptados”, seleccionados y combinados resultando en un conjunto compuesto de manera diferente y a la vez consistente.

Estas combinaciones hasta el momento poco conocidas, podrían haberse dado también en otros puntos del valle. Varios de los atributos descritos pueden haber estado en uso simultáneamente por poblaciones del valle de Santa María y otros lugares aún cuando hasta hoy se conozcan como procedentes de regiones o períodos distintos (ver Figura 4-q). Ejemplares completos de la colección Zavaleta clasificados como “Aguada Decadente” por Alberto R. González para el Field Museum of Natural History de Chicago (Figura 4-v,w; File

Acc. 894, FMNH, 1973; Scattolin 2001) muestran una conjunción infrecuente (según los tipos hasta ahora conocidos) de atributos de forma, decoración y pasta combinados de una manera singular (ver también Figura 4-x).

Estas evidencias pueden ayudar a comprender la diversidad de estrategias desplegadas en el uso de recursos plásticos y estilísticos y en las “elecciones tecnológicas” (Lemmonier 1992:17) para la confección de la cerámica (u otras artesanías) presente en el valle de Yocavil y alrededores, entre los siglos IX y X d. C. Ahora bien, el valor de tales recursos dependerá del contexto o campo de los bienes culturales en que se pongan en juego, y las reglas de uso cambiarán según las estrategias de los agentes. Valor de los recursos y carácter del campo se especifican mutuamente en el estudio empírico. De allí que sería apresurado establecer de entrada, antes del análisis contextual socio-histórico, si, por ejemplo, los motivos decorativos abstractos representan una carencia o decadencia estilístico-tecnológica o constituyen una manifestación afirmativa (preferencia) del rechazo de la decoración figurativa.

Los apartamientos de los patrones estilísticos corrientes con frecuencia son leídos por los investigadores como desviaciones de ciertas normas convencionales, que se consideran en un determinado momento la forma ortodoxa de hacer los objetos de cultura material. Sin embargo, no se puede dar cuenta completa del uso de los estilos en el pasado si no se incluye en la explicación la misma “desviación” de un estilo definido en un momento, aquellos “inclasificables” que desde cierta perspectiva podrían considerarse ejecuciones heterodoxas de los cánones estilísticos más típicos y frecuentes, de las convenciones estilísticas que se consideran más distintivas. Esto queda revelado cada vez que aparecen casos nuevos, especímenes novedosos desde el punto de vista de lo que se conoce y se ha clasificado hasta determinado momento de la historia de las investigaciones, que demuestran la existencia de una variedad mayor de medios estilísticos, una “colección de herramientas” más completa que pudo haber sido usada en distintas estrategias. De modo que los estudios de estilos parecen destinados a abarcar el examen y clasificación objetiva –consciente de que hubo un punto de vista de los mismos productores– y la revisión constante de los esquemas

clasificatorios de los propios investigadores, de una manera dual y conjunta.

Desde esta perspectiva, los estilos se pueden examinar como universos de recursos plásticos, iconográficos, formales y técnicos a los que se puede apelar para conformar objetos de cultura material según las posiciones, capacidades, disposiciones y estrategias sociales particulares de los productores involucrados durante un lapso de la trayectoria temporal. Un enfoque similar podría aplicarse al examen de los rasgos arquitectónicos que desarrollaré a continuación.

Morro de las Espinillas en la región a fines del primer milenio d. C.

La arquitectura del sitio indica que en algún momento entre los siglos IX y X d. C., Morro representa un espacio residencial separado del espacio propiamente agrícola, que sugiere una inversión en arquitectura comunitaria: un lugar de habitación articulado espacialmente por relaciones de interacción social concentrada. La restricción y la separación permitiría ejercer control de los propios efectivos humanos al interior del espacio construido y hacia el exterior. De manera que el patrón de viviendas aglomeradas se disocia de la presencia conjunta con la tradición estilística santamariana, dos atributos básicos de la definición del PDR local. Esto nos lleva a considerar la arquitectura y la cerámica en áreas circundantes para la misma época.

Ampliando nuestro ángulo de visión a una escala espacial, ya no local, sino regional, mientras se desarrolla Morro, durante la tajada de tiempo que representa aproximadamente los siglos IX y X d. C., ocurría lo que trataré de describir a continuación, comenzando desde el noreste y deslizando la mirada en el sentido de las agujas del reloj, en un radio de 200 km con centro en Morro (Figura 1). La presente discusión se limita a considerar los sitios y ocupaciones con dataciones radiocarbónicas reportadas para la referida porción de tiempo (Figura 5).

Al noreste, en el valle de Tafí, hay varios fechados informados para el lapso considerado (Figura 5, N° 4, 8, 18).

Aparentemente por esa época ya hacía tiempo que no funcionaba más su postulado montículo ceremonial que presentó otras dataciones, las más antiguas para este valle intermontano (Núñez Regueiro y García Azcárate 1996:92; Tartusi y Núñez Regueiro 1993:20). En contemporaneidad con Morro, continuaría el desarrollo de las aldeas en las que se detectaba una creciente tendencia de concentración aldeana (Berberían y Nielsen 1989:48-50, Cremonte 1996) sin que se exprese en una separación completa entre espacio de poblado y espacio de producción.

Inmediatamente al sur de Morro, los sitios de la Falda occidental del Aconquija estaban siendo ocupados con un patrón de habitación entre campos de cultivo como ocurre en Tesoro I (Figura 5, N°21). Al parecer el sitio Loma Alta (Scattolin 1990) seguía habitado (Figura 5, N°1, 9), aunque sus primeras ocupaciones datan de tiempo antes (GX21580: 1.600 ± 120 ^{14}C a.p. y GX21581: 1.560 ± 130 ^{14}C a.p. para el Recinto 47 de Loma Alta). De hecho tales ocupaciones son similares a Pajanguillo Medio y Caspinchango-El Ciénago en el valle Yocavil y a las de Tafi del Valle. El mismo patrón de ocupación continúa en la Falda del Aconquija hasta más tarde (GX21583-G: 735 ± 115 ^{14}C a.p. del sitio Potrero Antigal; GX21576: 735 ± 75 ^{14}C a.p. y LP214: 700 ± 50 ^{14}C a.p., ambos del Núcleo F de Loma Alta), lo que indicaría que dicha zona continuó teniendo un patrón "rural" en contraste con los desarrollos semiurbanos que se gestaban en el valle de Santa María.

En el Campo del Pucará, el Sitio 6 de Agua de las Palomas entregó un fechado que se solapa parcialmente con los de Morro (Figura 5, N° 3). La muestra fue obtenida de "un montículo de 44 m de largo por 28 m de ancho y 1,5-2 m de alto" en un asentamiento que "tiene mucha similitud" con los de Alamito y presenta cerámica de estilo Ciénaga (González 1960:308, González y Núñez Regueiro 1960, Núñez Regueiro 1998: Figura 180).

Los asentamientos en Ambato –y su característica cerámica de estilo Aguada– vinculados a la construcción de estructuras monticulares ceremoniales que habían sido usadas durante una parte del primer milenio d. C., como el caso de La Rinconada (y quizá Bordo de los Indios), parece que habían

concluido completamente para la época en que se desarrollaba Morro (Bonnin y Laguens 1997, Gordillo 1999). La Figura 5 muestra los dos fechados más modernos de La Rinconada (N° 2, 11). Pero, el único fechado de La Rinconada contemporáneo de Morro (N°11), según sus investigadores, debería ser descartado (Gordillo 1999). Del valle de Ambato no se han reportado ocupaciones del PDR. Sin embargo, para el sitio Choya 68, un gran montículo artificial con cerámica de estilo Aguada-Portezuelo, algo más al sur, en el valle de Catamarca (González et al. 1999), recientemente se han informado fechas más modernas que las esperadas para dicha cerámica (Baldini et al. 2000), indicando que aquí se habrían seguido usando el estilo Aguada y montículos ceremoniales, mientras ya se usaba en Yocavil el estilo santamariano y la construcción de poblados aglomerados.

Mientras tanto, hacia el sudoeste, en Hualfín, el sitio Ciénaga 10, tiene al menos dos fechados estadísticamente iguales a los de Morro (Figura 5, N°7, 10, 19; ver también N°6 de Cuesta de Zapata, Abaucán). Al parecer correspondería a una habitación de barro y paja (González 1964:224). Según González “es quizá un sitio tardío de esta cultura [Aguada], con cerámica ya decadente” (1960:308). Sin embargo, González postuló que los siglos IX y X d. C. considerados aquí estarían representados por la fase Hualfín del valle homónimo, que ubicó entre el 800 y el 1000-1100 d. C. Tal fase contendría urnas funerarias para niños o jóvenes y el sitio tipo sería Agua Verde, del cual no se cuenta con descripción. En cualquier caso, ninguna de las nueve dataciones publicadas para esa fase –que, por lo demás, son muy dispersas– es comparable a las de Morro. En cambio dos fechados del sitio conglomerado de El Eje correspondientes a las fases “Belén II ó III” se solapan parcialmente con los de Morro y los del sitio Ciénaga 10 (Figura 5, N°22, 25; González y Cowgill 1975). También en Hualfín se ha informado la presencia de una estructura ceremonial en el sitio Loma Larga, pero no posee dataciones (González 1998).

Más al sur, traspasando ya nuestros 200 km ideales, se ha reportado la construcción de estructuras ceremoniales entre el 550 y el 1000 d. C. como La Cuestecilla o La Estrella de Vinchina (Callegari et al. 1999-2000, González 1998). Asimismo se ha informado de la utilización de la cerámica de estilo Aguada hasta bien entrado el PDR (Callegari 1992,

1997:133-135). Esta continuidad en el uso del estilo Aguada hacia el sur de Catamarca y en sectores de La Rioja ha sido tratada por otros investigadores (Gordillo 1999) y se ha sugerido un “desarrollo extenso y escalonado del Período de Integración Regional” o período Medio (Kush y Gordillo 1997:88). Según Callegari, “trabajos actuales parecen indicar que, en ciertos ámbitos de la región Valliserrana, las sociedades Aguada continuaron desarrollándose después del 1000 de la era” (1997:135). Probablemente también el uso de montículos y plataformas ceremoniales como en el sitio Choya 68 mencionado más arriba tenga que ser considerado en tal explicación.

Hacia el oeste, en la Puna, dentro de nuestros 200 km, contamos con dataciones contemporáneas a Morro en Antofagasta de la Sierra (Figura 5, N° 5, 20, 28, 29). Por esa época se presentan ocupaciones en el abrigo rocoso Real Grande, un puesto de caza y pastoreo de altura, y también en Punta de la Peña 4 y Cueva Cacao 1, ambos, puestos agropastoriles (Olivera 1997:79). Olivera y Nasti observaron una “relativa recurrencia” en el uso del espacio intrasitio e intersitio que “implicaría una explotación especializada del espacio” en esta región puneña (1994:278). Más allá de los 200 km, en la localidad de Tebenquiche, se habían estructurado y florecían los “oasis” puneños agrícolas y pastoriles (Haber 1999).

Hacia el norte el sitio Molinos I en el valle Calchaquí presentó una serie apretada de fechados (Figura 5, N°16, 24, 27, 31); el más antiguo de ellos es contemporáneo de Morro y los restantes son posteriores, lo que indicaría que Molinos I fue ocupado mientras se desarrollaba Morro y continuó su ocupación hasta más tarde, aunque no se extendió por todo el PDR. Se trata de un asentamiento aglutinado con más de cien estructuras “por encima de la franja fértil” del fondo aluvional. Aunque “el asentamiento es morfológico y estructuralmente muy similar a los de la ocupación Santamariana”, presenta cerámica considerada de “la transición a los Desarrollos Regionales”, la cual comparte algunos patrones estilísticos con los estilos Hualfín, Shiquimil, los de Las Pailas y Abaucán (Baldini 1992, 1996-7).

Finalmente arribamos al mismo valle de Santa María. Al norte de Morro, cerca de Quilmes, se encuentra el sitio Bañado Viejo, donde se ha realizado solamente un sondeo estratigráfico. El fechado más reciente del sondeo (Figura 5, N°13) es estadísticamente igual que los de Morro y no presenta cerámica santamariana (Scattolin et al. 2001).

En el mismo valle, se conocen las fechas obtenidas para Rincón Chico y otros sitios como Morro del Fraile (Tarragó et al. 1997; Natri 1999) y los fechados radiocarbónicos para Pichao (Cornell y Johansson 1993). Son todos sitios cuyas primeras ocupaciones datadas son contemporáneas a las de Morro (Figura 5, N°12, 23, 26, 30) y con cerámica de estilo santamariano, sin embargo, debe subrayarse que para Morro del Fraile (Figura 5, N°14), un poblado conglomerado con más de 70 estructuras “sobre las crestas del cerro”, se ha informado además la presencia de cerámica de estilo Aguada en superficie (Natri 1999).⁷

Arquitectura y estrategias de reproducción

Todos estos ejemplos sugieren una alta diversificación en las formas de edificación, agrupamiento y concentración del espacio construido así como en los estilos cerámicos producidos o usados durante los siglos IX y X y plantean la presencia de configuraciones arquitectónicas que estructuran el paisaje edilicio de manera diferente.

Es de notar que, la reseña de este conjunto de datos indicaría que, mientras se seguían utilizando rasgos iconográficos del estilo Aguada y continuaba también el uso de sitios de estructuras ceremoniales en el sur de Catamarca y norte de La Rioja, ya se había iniciado en Yocavil el uso de la tradición estilística santamariana y la construcción de poblados

⁷ Una última mención merecerían, si tuviéramos espacio, algunos fechados que aunque no son contemporáneos de los de Morro, revelan los estilos que estaban siendo usados al noreste, en el área de La Candelaria dos siglos más tarde; son los reportados por Heredia (1974) para su fase Candelaria IV y los de Berberían et al. para El Cadillal, Tucumán (1977). Ver también la fase anterior Rupachico de La Candelaria, aunque no cuenta con dataciones (Heredia 1974).

semiurbanos, todos atributos básicos de la distinción entre el PF y el PDR.

De manera similar a lo que ocurre con los recursos plásticos e iconográficos en la producción de objetos de cultura material, los estilos constructivos se pueden examinar también como universos de recursos de diseño, formales, técnicos y simbólicos a los que se puede acudir para construir el paisaje edilicio según las posiciones, capacidades, disposiciones y estrategias sociales de los agentes involucrados en su construcción.

Su comparación a escala regional sugiere que a fines del primer milenio d. C. se podían distinguir una amplia gama de medios constructivos y soluciones de diseño edilicio así como de formas de apropiación del paisaje. Entre ellas aquí se destacarán al menos dos modos de estructuración del espacio arquitectónico en razón de que normalmente han sido considerados como indicadores de jerarquización de asentamientos.⁸ Por un lado aquellos lugares donde la edificación se basó en la concentración de población, esto es, la colocación de efectivos humanos en un espacio habitacional concentrado y destacado, tales como Morro, Molinos I y Morro del Fraile, que se ponen de manifiesto objetivamente como sede material de recursos ligados a la posesión de una red duradera de relaciones de conocimiento y reconocimiento, o en otros términos, de pertenencia a un grupo, es decir, de recursos sociales (“capital social” en términos de Bourdieu 2000:148) y de la fuerza de trabajo (capital “económico”). Y por otro lado, la prosecución de construcciones de índole ceremonial, es decir, el empleo de medios de impacto visual y escenográfico (Gosden 2001) en un espacio ceremonial señalado, tales como Choya 68 o La Cuestecilla, como sede de la práctica ritual, gerencia de bienes sacros y conservatorio de una cosmología⁹ (“recursos de salvación” y vehículos de

⁸ Existen, desde luego, otros modos de estructuración del espacio contemporáneos como los señalados por Haber en los oasis de la Puna (1999) o en las estancias en diversos lugares del NOA.

⁹ Si bien no se han realizado estudios astronómicos en estos dos sitios, no debería olvidarse que los más de cincuenta sitios de Alamito, el sitio de La Rinconada e inclusive el asentamiento más tardío de Rincón Chico contienen estructuras edilicias orientadas según el eje Este-Oeste (González y Núñez Regueiro 1960, González 1998, Reynoso 2001), lo cual indica que en el área

transmisión de información y de inculcación de la herencia cultural). Ambos requieren esfuerzos corporativos, pero son esfuerzos a los que se aplican diferentes principios de inversión. Lo que se pone en juego en un caso son medios que podríamos denominar seculares, mundanos, profanos, y en el otro se invierte en recursos ceremoniales, cúltricos, sacros. Pero ambos pueden ser movilizables y aptos para producir efectos simbólicos.

En ambos casos, y como en toda transformación material a través del trabajo, una vez hecha la inversión, el paisaje queda capitalizado. Es decir, la obra se arraiga en el paisaje físico y se encuentra disponible para ser transmitida, heredada de generación en generación, de agente a agente y disponible para transmutarse en “capital simbólico” o más bien producir “efectos simbólicos”.¹⁰ El paisaje construido se constituye así en un “capital” agregado, de una manera material y objetiva, en la forma de “monumento” (Bourdieu 2000:144). Además, tal paisaje construido se incorpora a los agentes mismos en la forma de las capacidades para disponer del uso (ocupación), comprensión y apropiación de la obra construida (ibid: 144). De esta manera, se habrá ejecutado una obra susceptible de ser usada (movilizada) en estrategias de reproducción, en particular aquellas que involucran la adquisición de un capital colectivo de reconocimiento.¹¹

considerada la arquitectura fue uno de los medios para la conservación y transmisión cultural de información sobre sistemas cosmológicos. En las sociedades tratadas resulta difícil (e incluso forzado) establecer una separación entre recursos “cúltricos” (rituales) y recursos “cultos” (de información, saberes).

¹⁰ “Toda especie de capital (económico, cultural, social) tiende (en diferentes grados) a funcionar como capital simbólico (de modo que tal vez valdría más hablar, en rigor, de *efectos simbólicos del capital*) cuando obtiene un reconocimiento explícito o práctico, el de un habitus estructurado según las mismas estructuras que el espacio en que se ha engendrado. En otras palabras, ‘el capital simbólico’ (el honor masculino de las sociedades mediterráneas, la honorabilidad del notable o el mandarín chino, el prestigio del escritor famoso, etc.) ‘no es una especie particular de capital’, sino aquello en lo que se convierte cualquier especie de capital cuando no es reconocida en tanto que capital, es decir, en tanto que fuerza, poder o capacidad de explotación (actual o potencial) y, por lo tanto, reconocida como legítima” (Bourdieu 1999:319, cursiva del original, otras marcas de la autora).

¹¹ Que puede a su vez ser movilizado y aprovechado por un representante (o varios) del colectivo social (delegado, mandante, jefe, líder, asamblea, junta, congregación, etc.).

El capital cultural objetivado subsiste como capital simbólica y materialmente activo y efectivo sólo en la medida en que el agente se haya apropiado de él y lo utilice como arma y aparejo en las disputas que tienen lugar en el campo de la producción cultural (arte, ciencia, etc.) y, más allá de éste, en el campo de las clases sociales. Allí los agentes ponen sus fuerzas en juego, y obtienen beneficios en proporción al nivel de su capacidad para el dominio del capital cultural objetivado (Bourdieu 2000:146).

Es decir, sólo en la medida en que el paisaje construido es puesto en juego en un campo de luchas, se conserva como recurso acumulado activo.¹² Por eso es interesante recordar que, las dos formas mencionadas de inversión edilicia habían estado presentes varios siglos antes que la ocupación de Morro, en diversos lugares de la región valliserrana, dentro de nuestros 200 km de radio. La operación y uso de estas dos estrategias de estructuración –y la disponibilidad de los recursos involucrados por las mismas– tanto al norte como al sur de Morro, puede constatarse por la presencia de una estructura ceremonial monticular en el sitio La Angostura en el sector sur-central del valle Calchaquí (Raffino et al. 1982) y por el sitio residencial concentrado de Pueblo Perdido de la Quebrada, en la Quebrada de La Tala, Cadena de Ambato-Manchao, valle de Catamarca (Kriskautsky 1999:90) por nombrar dos ejemplos. El sitio La Angostura no tiene fechados radiocarbónicos y ha sido designado normalmente bajo el rótulo de “Aguada”, aunque contiene cerámica de estilo Candelaria (Raffino et al. 1982; Núñez Regueiro y Tartusi 1993:25). Sugiere que en el valle Calchaquí también se invirtieron recursos cúltricos en la construcción del paisaje edilicio local aunque no conocemos exactamente la fecha precisa de su operación, ni tampoco otros ejemplos vecinos similares.¹³ El sitio de Pueblo Perdido en el valle de Catamarca es un poblado aglomerado de viviendas cuadrangulares de piedra sobre un terreno elevado, con dataciones radiocarbónicas que lo ubican entre el 1520±60 al 1830±50 años ¹⁴C a.p., esto es, varios siglos antes que Morro (Gordillo

¹² Como las posturas de dominio/rivalidad/reconocimiento que pueden activarse entre “capitalinos” y “provincianos” al movilizar sus respectivos recursos culturales.

¹³ Pero ver sitio Lázaro de Tolombón informado por Verónica Williams en el transcurso del Taller.

1999, Kriskautsky 1999). Kriskautsky señala la existencia de algunos otros sitios similares. Ello indica que en el valle de Catamarca se recurrió a la inversión en arquitectura residencial concentrada en algún momento de su trayectoria histórica. Sin embargo, todavía no se ha establecido que esta solución arquitectónica (que presenta similitudes formales con Morro) se haya multiplicado y perdurado de manera extensiva y autónoma hasta más tarde como ocurrió más al norte.¹⁴ De manera que es posible que, durante los siglos IX y X, dicha forma de inversión edilicia no produjera en este valle los mismos beneficios simbólicos que al parecer se habrían obtenido en el valle de Santa María, en el cual esta forma de inversión edilicia y de capitalización del paisaje construido continuó durante el PDR. Ambos ejemplos constituyen evidencias de que los medios estuvieron disponibles en sus diversas formas en una amplia extensión en el área valliserrana y que no se pueden segregar fácilmente de manera categórica para uno u otro sector, pese a lo cual, se pueden observar sus trayectorias de uso por toda la región.

Palabras finales

En suma, durante los siglos IX y X, Morro representaría la construcción de un sitio destacado, fijo, un contenedor definido, un lugar residencial como sede de interacciones sociales concentradas y fundado sobre un recurso de estructuración del espacio diferente del que se observa con más asiduidad (pero no con exclusividad), hacia el sur, en el zona de los llamados "centros ceremoniales Aguada", en donde el espacio se destaca más frecuentemente a través de otros rasgos arquitectónicos sobresalientes, en particular, los montículos y plataformas.

Estas disparidades sugieren que durante el transcurso del primer milenio d. C. en el ámbito tratado estaban operando al menos dos modos alternativos de diferenciación del espacio y de inversión en el paisaje edilicio, que confieren la primacía a medios distintos. Uno fundado en el control y manipulación de

¹⁴ Hay que tener presente que el valle de Catamarca es un espacio geográfico que hoy está muy poblado y que es posible que ellos hubieran sido destruidos (Kriskautsky 1999:89).

recursos sagrados y otro fundado en el control y concentración de recursos de orden socio-político, secular. Se producen así formas diversas de construcción y jerarquización del espacio edilicio. Estos principios habrían sido operativos en distintos puntos de la región a lo largo del tiempo pero su fuerza de imposición puede haber variado en el tiempo y en el espacio.

Esta forma de abordar el problema es opuesta a la noción de distribuciones netamente separadas ya sea entre regiones o entre períodos consecutivos, como paquetes de rasgos discretos. En esta ocasión se ha privilegiado un análisis que, al contrario de la perspectiva procesual de largo plazo en un área particular, enfoca un caso relacionado a otros en una extensión que abarca diferentes ambientes y en el tiempo más corto posible que nos permiten los fechados radiocarbónicos.

El examen de Morro y el resto de los sitios en el contexto de la extensión temporal y espacial considerada pone en evidencia que el uso de ciertos atributos cerámicos que, en términos relativos y de manera provisional denominamos “presantamarianos” y santamarianos, se podrían dar –al menos dentro de los marcos de resolución limitados que en arqueología nos proporcionan los fechados radiocarbónicos¹⁵– de manera simultánea. De ser así, ello implicaría que la transmisión cultural y el uso de estilos cerámicos a través el tiempo puede haber operado según diferentes estrategias por parte de distintos agentes sociales. Por esta razón, las trayectorias de cambio de medios estilísticos, arquitectónicos y de jerarquización del paisaje edilicio pueden haber tomado distintas direcciones y pueden haberse expresado en las distintas variaciones formales elaboradas por los agentes a través de la región.

Es posible entonces abordar el tema de la multiplicidad de estrategias sociales implementadas por los pobladores de los valles y quebradas del NOA en una mejor posición, de manera que en el futuro se pueda estudiar cómo se reprodujeron y transformaron los recursos estilísticos y los arquitectónicos a través del tiempo durante la historia prehispánica del NOA. Al descomponer las categorías de clasificación temporal o

¹⁵ Ya que no contamos hasta ahora con secuencias de fases detalladas para el PF de Yocavil.

evolutivo-tipológicas a lo largo de dimensiones significativas (concentración socio-política; consumo diferencial; legitimación simbólica; intensificación edilicia, etc.) y al analizar el uso de objetos de cultura material (cerámica, arquitectura u otros) en el marco de las estrategias sociales generadoras de recursos de orden material y simbólico, será posible considerar más sólidamente las hipótesis existentes acerca de las trayectorias y fuerzas directrices de cambio social escondidas tras lo que corrientemente se considera el paso entre distintos períodos culturales o el paso de las llamadas “sociedades aldeanas” del PF a los “señoríos” del PDR.

Agradecimientos

Este trabajo fue financiado mediante fondos del CONICET, subsidio PEI N° 499/97. Agradezco a Laura Quiroga sus comentarios sobre el manuscrito. Los trabajos de campo se beneficiaron con la colaboración de Juan Leoni, Graciela Scarafía, Ivana Margueliche, Fabiana Bugliani, Cecilia Fraga, Leticia Martínez y Lucas Pereyra Domingorena.

Referencias

- Baldini**, Lidia (1992) El sitio Molinos I dentro de los esquemas de desarrollo cultural del Noroeste argentino. *Arqueología* 2:53-68. Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
- Baldini**, Lidia (1996/7) Reflexiones sobre los procesos históricos del NOA. Ruptura/continuidad después de Aguada *Shincal* 6: 249-260, Universidad Nacional de Catamarca.
- Baldini**, Marta, Elvira I. **Baffi** y José **Togo** (1998) Abrigos y cavernas que hacen historia: los hallazgos de Las Pirguas (Pampa Grande, Salta). *Homenaje a Alberto Rex González. Cincuenta años de aportes al desarrollo y consolidación de la antropología argentina*. Pp. 343-359. Fundación Argentina de Antropología. Universidad de Buenos Aires.
- Baldini**, Marta, Jorge Carbonari, G. Cieza, M. Eugenia De Feo, M. Florencia Del Castillo Bernal, R. Huarte, Aníbal Figini, Alberto Rex González y José Togo (2000) Primer análisis de la cronología obtenida en el sitio Choya 68. Ponencia a la IV Mesa Redonda “La cultura de La Aguada y su dispersión”. 11 al 14 de octubre del 2000. San Pedro de Atacama, Chile, ms. .
- Balfet**, Hélène, Marie-France **Fauvet-Berthelot** y Susana **Monzón** (1983) *Pour la normalisation de la description des poteries*. Éditions du CNRS. Paris.
- Berberián**, Eduardo (dir) (1989) *Sistemas de asentamiento prehispánicos en el Valle de Tafí*. Editorial Comechingonia. 2ª. Ed. Córdoba.

- Berberián**, Eduardo, Jorgelina **García Azcárate** y Marcelo **Caillou** (1977) Investigaciones arqueológicas en la región del Dique El Cadillal (Tucumán-Rep. Argentina). Los primeros fechados radiocarbónicos. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 11(5):31-53.
- Berberián**, Eduardo y Axel **Nielsen** (1989) Sistemas de asentamiento prehispánicos en la etapa Formativa del Valle de Tafí (Pcia. de Tucumán. República Argentina). En: *Sistemas de asentamiento prehispánicos en el Valle de Tafí*, E. Berberián (dir.). Pp. 21-51. Ed. Comechingonia. Córdoba.
- Bonnin**, Mirta y Andrés **Laguens** (1997) Evaluación de series de fechados radiocarbónicos del Valle de Ambato, Catamarca. *Publicaciones CIFYH* 48:65-101. Universidad Nacional de Córdoba.
- Boman**, Eric (1927) Estudios arqueológicos riojanos. *Anales del Museo Nacional de Historia Natural XXXV (72)*, Antropología. Buenos Aires.
- Bourdieu**, Pierre (1999 [1997]) *Meditaciones pascalianas*. Trad. Thomas Kauf. Ed. Anagrama. Barcelona.
- Bourdieu**, Pierre (2000 [1983]) Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social. Trad. M. José Bernuz Beneitez. En: *Poder, derecho y clases sociales*. Pp. 131-164. Ed. Desclée de Brouwer. Bilbao.
- Callegari**, Adriana (1992) La transición Aguada-Sanagasta en el Oeste riojano (a través del análisis cerámico). *Contribución arqueológica* 4:95-103. Museo Regional de Atacama. Copiapó. Chile.
- Callegari**, Adriana (1997) Interacción entre el Valle de Copiapó y el Centro-Norte del Valle de Vinchina (La Rioja). *Estudios Atacameños* 14:131-142. San Pedro de Atacama, Chile.
- Callegari**, Adriana, Fabián Campos, María E. Gonaldi y María G. Raviña (1999-2000) Materialización de la ideología, ceremonialismo y complejidad social. Un caso de estudio: La Cuestecilla (Famatina La Rioja). *Publicaciones CIFYH* 50:27-50. Universidad Nacional de Córdoba.
- Cigliano**, Eduardo M. (dir.) (1960) Investigaciones arqueológicas en el Valle de Santa María. Instituto de Antropología, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional del Litoral, *Publicación* 4. Rosario.
- Cigliano**, Eduardo M., Graciela **De Gásperi** y Susana **Petruzzi** (1960) Pajanguillo. En: Investigaciones arqueológicas en el Valle de Santa María. Instituto de Antropología Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional del Litoral, *Publicación* 4:43-51. Rosario.
- Cornell**, Per y Nils **Johansson** (1993) Desarrollo del asentamiento del sitio StucTav 5 (Pichao), Provincia de Tucumán. Comentarios sobre dataciones de ¹⁴C y luminiscencia. *Publicaciones*, 2:31-43. Instituto de Arqueología de Tucumán.
- Costa**, María Antonieta y Agustín **Llagostera** (1994) Coyo-3: Momentos finales del Período Medio de San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños*, 11:84. San Pedro de Atacama.
- Cremonte**, Beatriz (1996) *Investigaciones arqueológicas en la Quebrada de la Ciénaga*. (Dpto. de Tafí, Tucumán). Tesis Doctoral. ms. Universidad Nacional de La Plata.

Fraga, Cecilia (1999) Cerámica: un estudio morfológico funcional en el Valle de Santa María. Tesis de Licenciatura en Antropología. Inédita. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

González, Alberto Rex (1960) Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radiocarbón (IV). Resumen y perspectivas. *Revista del Instituto de Antropología*, I:303-331. Córdoba.

González, Alberto Rex (1964) La cultura de La Aguada del N. O. Argentino. *Revista del Instituto de Antropología*, II-III: 205-253. Córdoba.

González, Alberto Rex (1977) *Arte precolombino en la Argentina*. Filmediciones Valero. Buenos Aires.

González, Alberto Rex (1979) Dinámica cultural del N.O. argentino. Evolución e historia en las culturas del N. O. Argentino. *Antiquitas* 28-29:1-15. Buenos Aires.

González, Alberto Rex (1998) *Arte precolombino. Cultura La Aguada. Arqueología y Diseños*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.

González, Alberto Rex y George **Cowgill** (1975) Cronología arqueológica del Valle de Hualfín, Provincia de Catamarca, Argentina. Obtenida mediante el uso de computadoras. *Actas Primer Congreso de Arqueología Argentina*. (Rosario). Pp. 383-404. Buenos Aires.

González, Alberto Rex y Victor A. **Núñez Regueiro** (1960) Apuntes preliminares sobre la arqueología del Campo de Pucará y alrededores (Dpto. Andalgalá, Pcia. de Catamarca). *Anales de Arqueología y Etnología* 14-15:115-162. Mendoza.

González, Alberto Rex, José Togo, Marta Baldini, M. Florencia Del Castillo y M. Eugenia De Feo (1999) Un sitio Aguada del sector sur del Valle de Catamarca: Choya 68. *Resúmenes expandidos del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Pp. 46-47. Córdoba.

Gordillo, Inés (1999) Problemas cronológicos del Período Medio en el Noroeste Argentino. *Actas del XII Congreso Nacional Arqueología Argentina*, Tomo II: 362-371. La Plata.

Gosden, Chris (2001) Making sense: archaeology and aesthetics. *World Archaeology* 33 (2):163-167.

Haber, Alejandro (1999) Una arqueología de los espacios puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla, primer y segundo milenios d. C. Tesis de Doctorado. Inédita. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

Heredia, Osvaldo (1974) Investigaciones arqueológicas en el sector meridional de las Selvas Occidentales. *Revista del Instituto de Antropología*, V:73-132. Córdoba.

Heredia, Osvaldo, M. Palacios, A. Luzzi y L. Naudeau (1974) Ensayo de un cuadro cronológico del sector meridional del Valle Calchaquí. Ponencia presentada al III Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Salta.

Kriskautzky, Néstor (1999) Sociedades agropastoriles en la Cadena del Ambato-Manchao, el caso de la Quebrada de La Tala. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* I:89-91. La Plata.

Kush, Florencia e Inés **Gordillo** (1997) Interacción y paisaje social en La Aguada. Los espacios del jaguar. *Estudios Atacameños* 14:85-93. San Pedro de Atacama.

Lafone Quevedo, Samuel (1908) Tipos de alfarería de la región diaguitocalchaquí. *Revista del Museo de La Plata*, XV:295-396.

Lemmonier, Pierre (1992) *Elements for an Anthropology of Technology*. Anthropological Papers, Museum of Anthropology, University of Michigan, 88. Ann Arbor, Michigan.

Miller, Daniel (1985) *Artefacts as categories*. Cambridge University Press: Cambridge.

Millet, Martin (1979) How much pottery? En: *Pottery and the archaeologist*, M. Millet (ed.). Occasional Publication 4:77-79. Institute of Archaeology. London.

Muñoz, Adriana y Per **Stenborg** (1999) Conclusions. En: *Masked Histories. A Re-examination of the Rodolfo Schreiter Collection from North-western Argentina*, editado por P. Stenborg y A. Muñoz. *Etnologiska Studier*, 43:279-285. Göteborg.

Nastri, Javier (1999) Arquitectura, organización del espacio e instalaciones prehispánicas tardías en el valle de Santa María. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo III:321-326. La Plata.

Núñez Regueiro, Víctor A. (1998) *Arqueología, historia y antropología de los sitios de Alamito*. Ed. INTERDEA. Universidad de Tucumán.

Núñez Regueiro, Víctor A. y Jorgelina **García Azcárate** (1996) Investigaciones arqueológicas en El Mollar, Dto. Tafí de Valle, Pcia. de Tucumán. Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina (13ª parte), *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael*, XXV (1/4):87-97. San Rafael.

Núñez Regueiro, Víctor A. y Marta **Tartusi** (1990) Aproximación al estudio del área pedemontana de Sudamérica. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12:125-160. Buenos Aires.

Núñez Regueiro, Víctor A. y Marta **Tartusi** (1993) Orígenes de la ocupación prehispánica del sitio StucTav 5 (El Pichao), Provincia de Tucumán. *Publicaciones*, 2:19-30. Instituto de Arqueología de Tucumán.

Pelissero, N. y H. **Difrieri** (1981) *Quilmes*. Ed. Gobierno de la Provincia de Tucumán.

Olivera, Daniel E. (1997) Los primeros pastores de la Puna Sur Argentina: una aproximación a través de su cerámica. *Revista de Arqueología Americana*, 13: 69-112.

Olivera, Daniel y Atilio **Nasti** (1994) Aspectos metodológicos del análisis espacial intrasitio en el Formativo de la Puna meridional. Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael*, XIII: 275-279. San Rafael.

Pérez Gollán, José A. (1991) La cultura de La Aguada vista desde el valle de Ambato. *Publicaciones del CIFYH* 46:157-173. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba.

- Perrota**, Elena y Clara Podestá (1975) Arqueología de la Quebrada de Shiquimil. *I Congreso de Arqueología Argentina, Actas y Trabajos* 405-422.
- Podestá**, Clara y Elena **Perrota** (1976) Desarrollo cultural en el Valle de Santa María durante el Período Tardío o de Desarrollos Regionales. Actas y Memorias. IV Congreso Nacional de Arqueología Argentina (Primera Parte). *Revista del Museo de Historia Natural* III (1/4):43-54. San Rafael.
- Raffino**, Rodolfo A. (1991) *Poblaciones indígenas en Argentina*. Ed. TEA. 2ª. Edición. Buenos Aires.
- Raffino**, Rodolfo A. (1994) El NOA y la integración Inka (1471-1535 d. C.). *Rumitacana* 1:43-48. Catamarca.
- Raffino**, Rodolfo A., Gabriela Raviña, Lidia Baldini y Anahí Iácona (1982) La expansión septentrional de la Cultura La Aguada en el N.O. argentino. *Cuadernos del I.N.A.* 9:179-82. Buenos Aires.
- Reynoso**, Alejandra D. (2001) Las casas del sol poniente: observación astronómica y arquitectura en el poblado de Rincón Chico, Prov. de Catamarca. Ponencia al XXIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Rosario.
- Rydén**, Stig (1936) *Archaeological Researches in the Department of La Candelaria (Prov. Salta, Argentina)*. Etnologiska Studier 3. Göteborg.
- Scattolin**, M. Cristina (1990) Dos asentamientos formativos al pie del Aconquija. El sitio Loma Alta. (Catamarca, Argentina). *Gaceta Arqueológica Andina* V(17):85-100. Lima.
- Scattolin**, M. Cristina (2000) Santa María durante el Primer Milenio A. D. ¿Tierra baldía?. *Árstryck* 1995-1998: 63-83. Etnografiska Museet i Göteborg.
- Scattolin**, M. Cristina (2001) Los ancestros de Calchaquí: una visión de la colección Zavaleta. VI Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, FHYCS-UNJu. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales*. Jujuy, en prensa. Ms. 2001.
- Scattolin**, M. Cristina, M. Fabiana Bugliani, Andrés D. Izeta, Marisa Lazzari, Lucas Pereyra Domingorena y Leticia Martínez (2001) Conjuntos materiales en dimensión temporal. El sitio Formativo "Bañado Viejo" (Valle de Santa María, Tucumán). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. Tomo 26: 167-192.
- Sempé**, Carlota (1983) Punta Colorada. Un sitio Aguada, Dto. Tinogasta, Provincia de Catamarca. *Revista del Museo de La Plata*, Sección Antropología, VIII (55):111-138.
- Serrano**, Antonio (1966) *Manual de Cerámica Indígena*. Editorial Assandri, Córdoba. 2ª. Ed.
- Serrano**, Antonio (1967) Historia cultural del Tucumán prehispánico. *Ampurias* XXIX:1-91. Barcelona.
- Sheppard**, Ann (1968) *Ceramics for the archaeologist*. Carnegie Institution of Washington. Publications 609. Washington D. C.
- Stuiver**, M., and **Reimer**, P. J., (1993) Extended ¹⁴C database and revised CALIB radiocarbon calibration program. *Radiocarbon* 35:215-230.

Tarragó, Myriam N., Luis **González** y Javier **Nastri** (1997) Las interacciones prehispánicas a través del estilo: el caso de la iconografía santamariana. *Estudios Atacameños XIV*:223-242. San Pedro de Atacama.

Tarragó, Myriam N. y M. Cristina **Scattolin** (1999) La problemática del Período Formativo en el Valle de Santa María. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina. La Plata*. Tomo I:142-153. La Plata.

Tartusi, Marta y Víctor A. **Núñez Regueiro** (1993) Los centros ceremoniales del NOA. *Publicaciones*, 5:1-49. Instituto de Arqueología de Tucumán.

Tartusi, Marta y Víctor A. **Núñez Regueiro** (2000) La presencia de Aguada en la Provincia de Tucumán, Argentina Trabajo presentado a la IV Mesa Redonda "La cultura de La Aguada y su dispersión". 11 al 14 de octubre del 2000. San Pedro de Atacama, Chile. Artículo publicado en: www.geocities.com/aguadamesaredonda (2001).

Lista de Figuras

Figura 1: Ubicación de Morro de las Espinillas y otras localidades arqueológicas en el Noroeste argentino.

Figura 2: Localidad de Pajanguillo en el sur del valle de Santa María y sitio Morro de las Espinillas.

Figura 3: Cerámica de Morro de las Espinillas.

Figura 4: a, b, c: Cuencos altos San Rafael grabado del Valle Calchaquí (Raffino et al. 1982). d, f: Incisos de Morro de las Espinillas. e: Fragmento Punta Colorada grabado de Valle de Abaucán (Sempé 1983). g, h, i, m: Cuencos altos de Pampa Grande y La Candelaria (Baldini et. al. 1998; Serrano 1967). j, k, l, n, o: Cuencos con prolongaciones apendiculares en el borde de La Candelaria, El Cadillal y El Bañado (Rydén 1936; Berberían et al. 1977, Pelissero y Difrieri 1981). p, s: San Rafael pintado del Valle Calchaquí (Raffino et al. 1982). q: Escudilla "con decoración pintada de filiación Aguada" del cementerio Coyo 3 de San Pedro de Atacama, circa 930 d. C. (Costa y Llagostera 1994). r, t: Tinajas pintadas de Hualfín y Andalgalá (Lafone Quevedo 1908). u: Tinaja pintada de Quilmes, Museo de Quilmes. v: Puquito pulido y pintado en negro sobre ante; alt.: 6 cm; Amaicha; N° 100.589 Col. Zavaleta-Chicago. w: Vasija pulida, pintada en negro y rojo sobre ante; alt.: 10,5 cm; Yacochuya, Cafayate; N° 100.492 Col. Zavaleta-Chicago. x: Vasija ante pulida y pintada en negro, Museo Eric Boman de Santa María. y: vasija incisa tipo La Puntilla o Allpatauca (Serrano 1966).

Figura 5: Siglos IX y X d. C. Fechados radiocarbónicos calibrados (Stuiver y Reimer 1993) de sitios en un radio de 200 km alrededor de Morro de las Espinillas. Fuentes: Baldini 1992, Berberían 1989, Cornell y Johansson 1993, Cremonte 1996, González 1960, González y Cowgill 1975, Gordillo 1999, Nastri 1999, Olivera 1997, Tarragó et al. 1997.

Mesa Redonda "La cultura de La Aguada y su dispersión". 11 al 14 de octubre del 2000. San Pedro de Atacama, Chile. Artículo publicado en: www.geocities.com/aguadamesaredonda (2001).

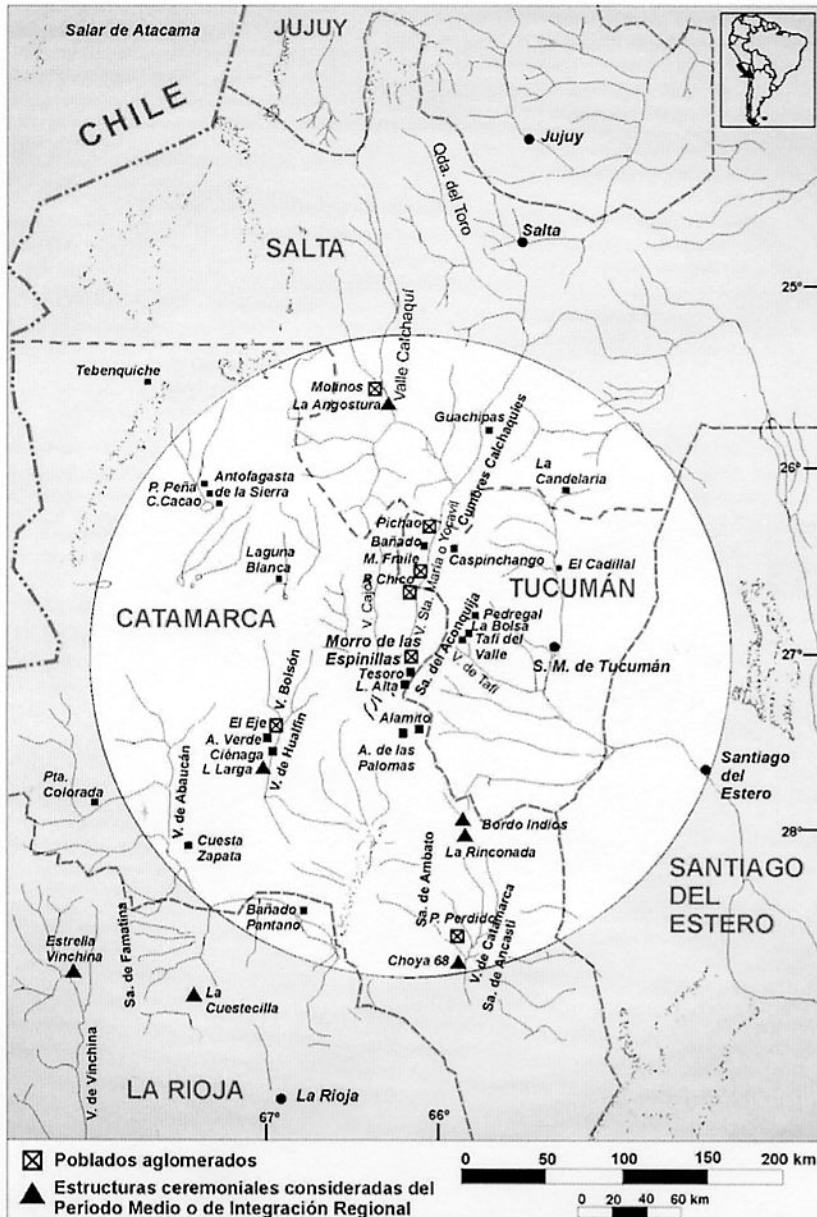


Figura 1: Ubicación de Morro de las Espinillas y otras localidades arqueológicas en el Noroeste argentino.

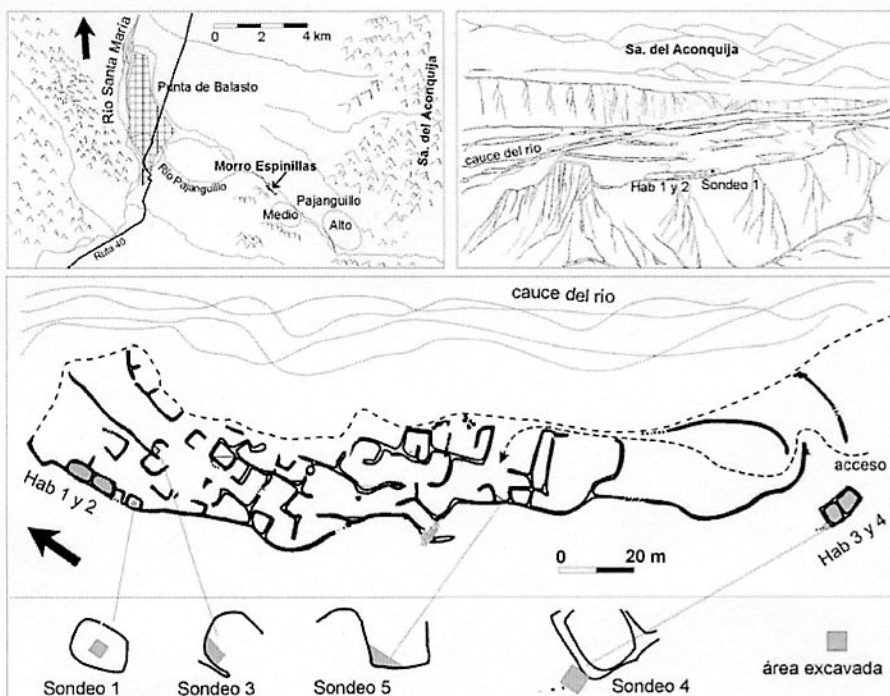


Figura 2: Localidad de Pajanguillo en el sur del valle de Santa María y sitio Morro de las Espinillas

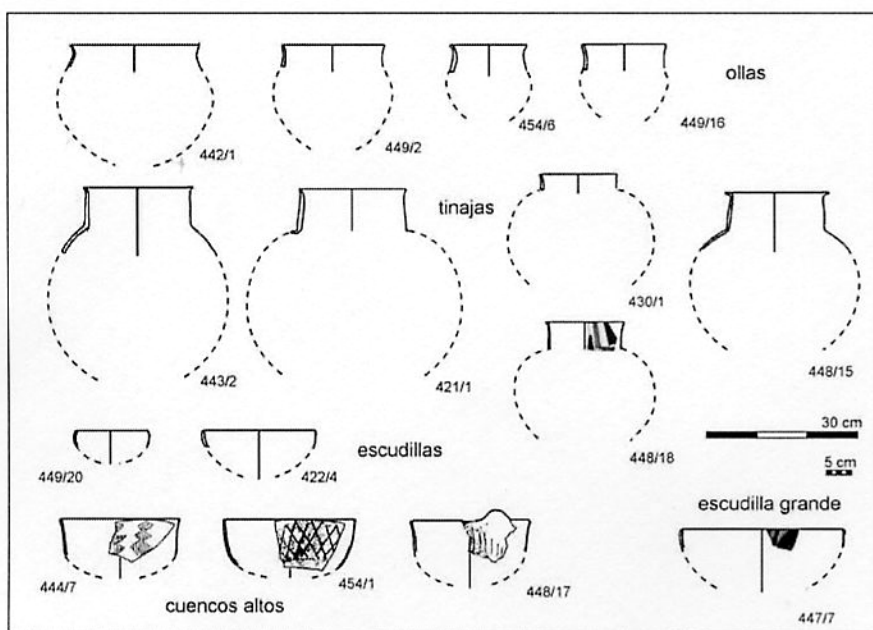


Figura 3: Cerámica de Morro de las Espinillas.

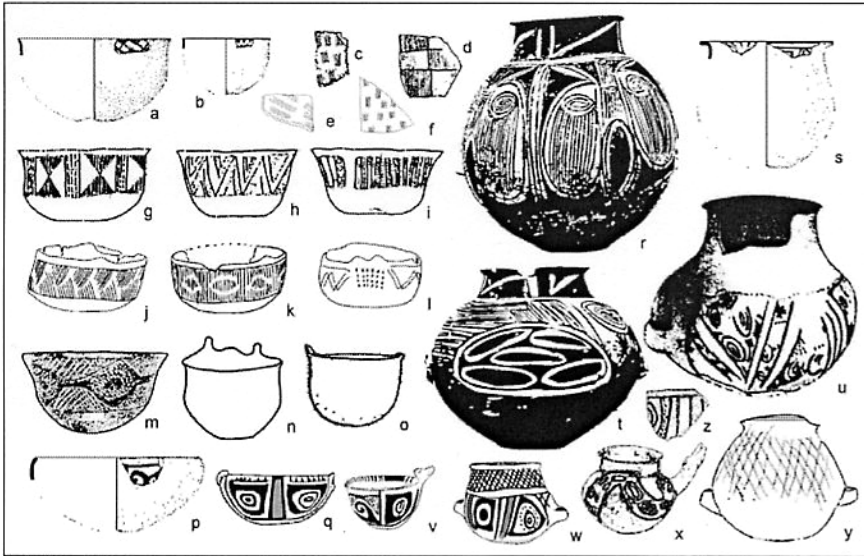


Figura 4: a, b, c: Cuencos altos San Rafael grabado del Valle Calchaquí (Raffino et al. 1982). d, f: Incisos de Morro de las Espinillas. e: Fragmento Punta Colorada grabado de Valle de Abaucán (Sempé 1983). g, h, i, m: Cuencos altos de Pampa Grande y La Candelaria (Baldini et. al. 1998; Serrano 1967). j, k, l, n, o: Cuencos con prolongaciones apendiculares en el borde de La Candelaria, El Cadillal y El Bañado (Rydén 1936; Berberían et al. 1977, Pelissero y Difrieri 1981). p, s: San Rafael pintado del Valle Calchaquí (Raffino et a. 1982). q: Escudilla "con decoración pintada de filiación Aguada" del cementerio Coyo 3 de San Pedro de Atacama, circa 930 d. C. (Costa y Llagostera 1994). r, t: Tinajas pintadas de Hualfín y Andalgalá (Lafone Quevedo 1908). u: Tinaja pintada de Quilmes. v: Puquito pulido y pintado en negro sobre ante; alt.: 6 cm; Amaicha; N° 100.589 Col. Zavaleta-Chicago. w: Vasija pulida, pintada en negro y rojo sobre ante; alt.: 10,5 cm; Yacochuya, Cafayate; N° 100.492 Col. Zavaleta-Chicago. x: Vasija ante pulida y pintada en negro, Museo Eric Boman de Santa María. y: vasija incisa tipo La Puntilla o Allpatauca (Serrano 1966). z: Fragmento ante pulido y pintado con diseño de punteados y líneas de Tebenquiche (tomado de Krapovickas, 1955).

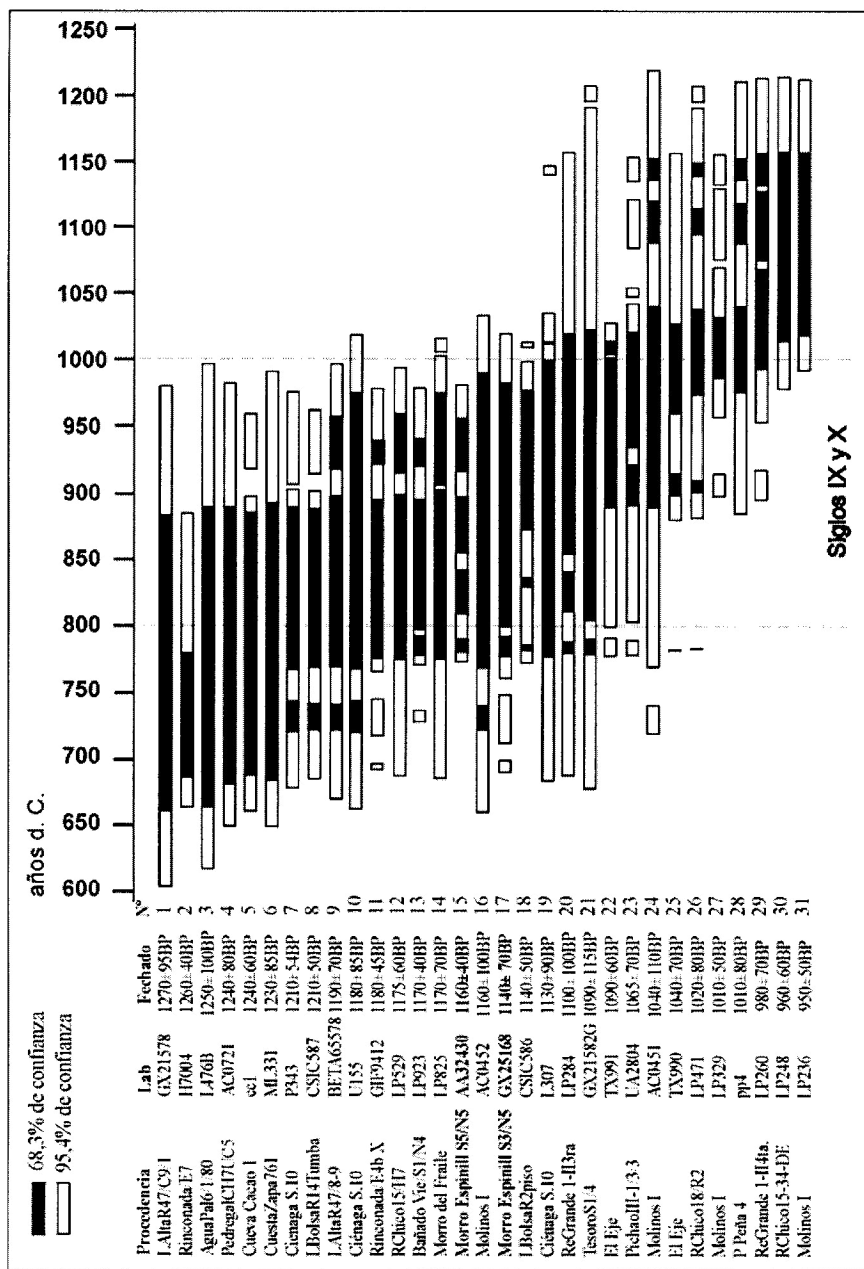


Figura 5: Siglos IX y X d. C. Fechados radiocarbónicos calibrados (Stuiver y Reimer 1993) de sitios en un radio de 200 km alrededor de Morro de las Espinillas. Fuentes: Baldini 1992, Berberian 1989, Cornell y Johansson 1993, Cremonte 1996, González 1960, González y Cowgill 1975, Gordillo 1999, Nastri 1999, Olivera 1997, Tarragó et al. 1997